

1853

DISCURSOS

PRONUNCIADOS

POR EL SR. D. PEDRO ARENAS

EN LAS SOLEMNES FUNCIONES CELEBRADAS

EN LAS REALES IGLESIAS DE N. SEÑORA DE ATOCHA

Y SAN ISIDRO

los dias 1.º de enero y 2 de febrero del
presente año.



IMPRESOS DE ORDEN DE S. M.

Por **Aguado**, Impresor de Cámara de S. M. y de su Real Casa.

1853.

A-Caj. 129/6

^R
180266

INSTALACION

DE

LA SANTA INFANCIA

EN ESPAÑA.

Con aprobacion de la Autoridad Superior Eclesiástica.

DISCURSO

QUE EN LA

SOLEMNE FUNCION CELEBRADA EN LA IGLESIA DE N. SRA. DE ATOCHA

EL DIA 1.º DE ENERO DEL PRESENTE AÑO

CON MOTIVO DE LA INSTALACION EN ESPAÑA

DE LA

ASOCIACION DE LA SANTA INFANCIA,

PRONUNCIÓ EN PRESENCIA DE SS. MM. Y AA.

EL SEÑOR DON PEDRO ARENAS,
*Capellan de Honor y Predicador de S. M., y Secretario
de la Patriarcal.*



Impreso de orden de la Reina Nuestra Señora.

MADRID: POR AGUADO, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M. Y DE SU REAL CASA.

1853.

Señora:

AL DAR HOY *el debido cumplimiento á vuestra Soberana disposicion, no puedo dispensarme de rendir á V. M. el homenaje de mi mas profundo reconocimiento por tan repetidas bondades.*

SEÑORA:

A L. R. P. de V. M.,

Pedro Arenas.



*Quoniam pater meus et mater mea dereliquerunt me;
Dominus autem assumpsit me.*

Porque mi padre y mi madre me abandonaron,
el Señor me recogió.

PSALM. 26, v. 10.

Señora:

¡Qué objeto tan tierno, tan sublime y consolador nos reúne hoy en este sagrado templo! Mi alma se conmueve sobremanera, y mi lengua no alcanza á pronunciar palabras que espresen la magestad y grandeza del hermoso espectáculo que se ofrece á nuestros ojos..... ¡espectáculo á la verdad digno de fijar la atención de los ángeles y de los hombres!

¡O Religión divina, fuente inagotable de amor y de misericordia! Tuyos son nuestros triunfos, tuyas son nuestras glorias. Tú enjugas el llanto de los in-

felices, tú civilizas al mundo, y traes á la tierra las alegrías y las esperanzas del cielo.

SEÑORA: nada hay estéril en nuestra santa Religion. Todos sus actos, tiernos ó lúgubres, tienen su voz y sus enseñanzas. Con ellos se despierta la fé, y se consolida la esperanza, y se inflama la caridad, y reviven y se robustecen todas las virtudes. Esta Religion adorable, que compadece á todo el que llora, nos recuerda en estos momentos el excesivo amor de su Autor divino, que bajó del cielo en busca del hombre caído y abandonado en los caminos de Jericó. Sus palabras fueron de consuelo para el mundo; y su clemencia, cual la lluvia de la tarde, derramó su benéfico influjo sobre los corazones heridos, y fue un remedio eficaz para todos los infortunios y penalidades de la vida. ¿Quién ha padecido que no fuese consolado por Jesus? Por amor al hombre vino á la tierra, y por ese mismo amor eligió por cuna un establo, y por trono una cruz; y por ese mismo amor se despojó de las vestiduras de rey y se cubrió con la humilde túnica de

siervo; y por ese mismo amor dió vista á los ciegos, salud á los dolientes, limpieza á los leprosos, vida á los muertos; y por ese mismo amor santificó á los pobres, y llamó en pos de sí á toda gente y á todo linaje, á los grandes, á los pequeños, á los sábios, á los ignorantes, á los vencedores, á los vencidos; y por ese mismo amor exclamaba lleno de ternura: *Sinite parvulos venire ad me*, dejad que esos niños se acerquen á mí; y los bendecía amorosamente, y los ofrecía como modelo para entrar en el reino celestial. Y por ese mismo amor, en fin, Jesucristo nació bendiciendo, vivió derramando el bien, y murió salvando.

La caridad, Señora, esa hija del cielo, que trajo al mundo el amabilísimo Jesus, abrasó su corazón, y sus últimos suspiros fueron suspiros de misericordia; y de aquellos gemidos amorosos, y de aquella sangre divina que regó el árbol de la cruz, brotaron los preciosos frutos de la caridad, que son el consuelo de la humanidad aflijida. Solo la religion de Jesucristo, muerto en una cruz por el hombre, ha podido

inspirar el heroísmo santo que distingue á tantas instituciones benéficas en favor de los huérfanos, de los tristes y desvalidos. Fruto es también de la misma religion, la obra nueva y prodigiosa que hoy se instala entre nosotros, porque es hija de la caridad, y la caridad nació en brazos de la religion cristiana. ¡Oh! ¡cómo aplauden todos los corazones sensibles esa dulce y piadosísima obra que V. M. la primera, como Reina y como madre, recibe y saluda con amor, y en la cual inscribe el glorioso nombre de la Hija de vuestras entrañas! ¡de esa tierna y excelsa Niña, que ya desde la cuna viene á ser protectora de los desgraciados! Sí, Dios la bendice con su diestra omnipotente desde lo alto de los cielos, y le ofrece su eterna recompensa, porque escrito está en el libro de la vida: "Lo que hiciéreis por el mas pequeño de mis hermanos, lo haceis por mí."

Me propongo hablaros, Señora, de esa institucion heroica y sublime, cuyo piadoso objeto es recoger á unos niños inocentes que claman en su amar-

gura y desamparo..... "Porque mi padre y mi madre me abandonaron, el Señor me recojió."

¡Caridad santa! Tú sola pudiste inspirar tan benéfica institucion en favor de unos niños desgraciados. Por eso serás mi asunto en este dia; por eso contaré algunos de tus prodigios si se digna asistirme el Dios de la eterna sabiduría. *Quoniam pater meus et mater mea dereliquerunt me, Dominus autem assumpsit me.*

¡Virgen purísima! ¡Madre del amor y de la clemencia! Para manifestar tu proteccion cariñosa á los débiles y á los pequeños, te ostentas con un niño en tus brazos. Nuestras tiernas madres nos enseñaron á pronunciar tu bendito nombre desde la misma infancia. Nombre poderoso que invoco yo también para conseguir los auxilios de la gracia divina. AVE MARÍA.

La perfeccion evangélica no puede concebirse sin la idea del heroismo. Es de tal naturaleza el temple y la índole de las virtudes cristianas, es tal su íntimo enlace y armonía, que solo el álito impuro de las pasiones empaña su brillo y hermosura, desordena y trastorna su equilibrio, y rompe el admirable lazo que une su fino y delicado concierto. Empero es innegable que entre las grandes y eminentes virtudes que enseña al hombre la moral pura y sublime de Jesus, hay una que es la mayor y la mas perfecta de todas ellas. Este caracter de distincion y de excelencia es propio esclusivamente de la caridad, virtud cristiana y desconocida de todos los antiguos. Ella viene á ser como un rayo de fuego emanado del corazon de Jesus, que apareció en la tierra para renovar la naturaleza humana, y para hacer de todos los hombres una sola familia de hermanos.

Esta reina de las virtudes es para el infeliz que llora como un bálsamo de consuelo, como un rico manantial, ó como una fuente de abundancia abierta para los sedientos en los caminos de la vida. La ca-

ridad, Señora, con la sonrisa de la esperanza en sus lábios llama á las puertas del dolor, penetra en la humilde cabaña del pobre, desciende al fondo de los calabozos, donde hombres infortunados gimen entre grillos y cadenas, implora á Dios con los desgraciados, alienta al pie del patíbulo á los tristes, de quienes la sociedad apartando sus ojos entrega al hierro de los verdugos, y allí donde nada puede la razon, ni la filosofía, ni aun la amistad misma, solo la caridad se hace escuchar dulcemente, hablando de Dios y de las delicias del cielo. La caridad en fin, Señora, da un báculo al ciego, pan al hambriento, vestidos al desnudo, consuelo al aflijido, fortaleza al debil, y salvacion á los niños que madres inhumanas abandonan sin piedad, cerrando los oidos á sus lamentos: "Mi padre y mi madre me abandonaron, el Señor me ha recogido." Ved ahí la obra; ved ahí los regalados frutos de la religion de Jesucristo, que solo respira amor y misericordia.

¿Qué era el mundo antes que apareciese esa religion divina? ¿Cuál era entonces la suerte de la de-

bil humanidad? ¿Con qué asilos de beneficencia contaban los miserables, abandonados por los venturosos de la tierra? El alma se acongoja y desfallece solo al recordarlo. Ni es mi ánimo aquí hacer mención de su horrible historia. Será bastante levantar un poco el velo que encubria su oprobio hace mas de diez y ocho siglos. La esclavitud y la muerte eran los medios de que se valia aquella sociedad estragada y corrompida para desprenderse de los pobres y desgraciados. La inocencia era estrellada contra las piedras, y los hombres, sin freno, sin fé, sin justicia y sin misericordia, toleraban el horror del infanticidio.

¿Dónde estaba entonces el amor? En el cielo, Señora, y del cielo bajó la caridad cristiana como una lluvia de bendicion para el género humano. Del cielo bajó nuestra religion divina, cual una bondadosa madre para ocuparse solamente de nuestras penas y dolores. Ella ha distribuido sus ricos tesoros y eficaces remedios, ha difundido por todas partes los brillantes resplandores de su eterna luz, derra-

mando por do quiera sus inmensos beneficios. Ella ha dado Hermanas de la Caridad para restañar las llagas al infeliz enfermo que gime en medio de sus dolores: ella ha dado fervorosos Sacerdotes que sin temer los horrores de la noche ni los bramidos de la tempestad, corren presurosos al lado del moribundo para unirlo y consolarlo en su agonía: ella ha producido esos heróicos Misioneros que sin conocer límites ni fronteras, ni temer la furia de los mares, sin mas armas que el Evangelio en su corazon y una cruz en sus manos, han corrido á imitacion de su Divino Maestro en busca de la oveja perdida: ella ha fundado Institutos religiosos, donde ha habido necesidades que socorrer: ella en fin, Señora, ha producido tambien la cristiana Asociacion de la Santa Infancia.

¡La Santa Infancia! ¡Oh! ¡cuánta moral sublime contiene esta institucion cristiana, cuyo objeto es rescatar á unas criaturas inocentes, que tuvieron la desgracia de nacer en pueblos bárbaros é inhumanos, que no han abierto todavía sus ojos á los benéficos rayos del Evangelio! Allí se desconocen los

sentimientos mas sagrados que inspira la naturaleza; allí madres despiadadas arrojan sus hijos á los caminos públicos, ó á las corrientes de los rios, ó los venden como un despreciable objeto, ó permiten que sean pasto de animales inmundos, cerrando sus oídos al triste lamento que conmueve á las mismas piedras!.... "Mi padre y mi madre me abandonaron....." Y ese clamor de la muerte es el clamor de un niño que llora desamparado. ¡Un niño!.... ¿Quién no compadece á un niño cuando pide socorro con gemidos y con llanto? Increíble parece, Señora, que haya en el mundo madres, que despues de haber alimentado á sus hijos con la sangre de su corazón, despues de haberlos dado á luz con profundísimos dolores, se desprendan de ellos y los vean morir negándoles su maternal amparo.

¡O Religion de Jesucristo! ¡Tú sola tienes entrañas de madre para esos inocentes niños que en los pueblos idólatras, especialmente en la China, son víctimas de la barbarie mas espantosa y horrible! Esas pobres y abandonadas criaturas, al re-

cibir tus consuelos, esclaman á su manera con el Rey Profeta: *Quoniam pater meus et mater mea dereliquerunt me; Dominus autem assumpsit me.*

¿Y qué puede haber mas agradable á los ojos de Dios que esta obra practicada por la inocencia? Los cielos se llenaron de regocijo al ver la piedad de la hija de Faraon, que salvó á un niño que fluctuaba en una cestilla de juncos sobre las riberas del Nilo, y que vino á ser despues el legislador del mundo. ¿Y quién sabe, Señora, si de los niños que se propone salvar la Santa Infancia saldrán algunos Moisés que disipen las tinieblas de esos pueblos en que nacieron, y donde fueron abandonados por desconocerse allí las grandezas del Evangelio? Los cielos se regocijarán tambien al ver la piedad de esa Niña, de esa angelical Princesa, que desde la cuna llama con la voz de su tierna y piadosa Madre á los niños españoles para que hagan el bien antes de conocerlo. ¿Qué obra puede haber mas agradable á los ojos de Dios?

Un Rey en su trono parecia al Crisóstomo



menos respetable que San Pablo encarcelado por solo predicar la fé; pero una Niña en su cuna, sirviendo de ejemplo para ejercer la caridad evangélica, una inocente Princesa que acaba de cumplir un año, y á cuyo nombre se levantan hospitales y se protejen todas las obras de misericordia, es un espectáculo magnífico, cuya grandeza solo podría espresarse con lágrimas de ternura. ¡Qué pálidos y sombríos aparecen todos los tronos y coronas de la tierra al lado de los triunfos y de los trofeos de la caridad cristiana!

Las magestades del mundo son imagen de Dios cuando ejercen la justicia y la misericordia en favor de los pobres y desvalidos. La púrpura resplandece con mayor brillo cuando sirve para enjugar las lágrimas de los desgraciados. ¡Es tan hermoso hacer bien, y son tan agradables á Dios las obras de caridad, que ofrece por ellas eternas recompensas! Llena está la ley, llenos están los Evangelistas y los Profetas de los galardones prometidos á los que practican la caridad. En el cielo y en la tier-

ra reciben el premio las almas misericordiosas. Y digo en la tierra, Señora, porque se siente en el alma, despues de haber hecho bien, un gozo tan puro que en vano lo buscaríamos en medio de las delicias del mundo. Decidme: ¿no se ha conmovido vuestra alma, no ha sentido las dulzuras de una santa alegría cuando llamando el pobre á las puertas de vuestro regio alcázar le habeis salido al encuentro? Yo he visto, Señora, no hace muchos dias, á turbas de mendigos que se agolpaban á vuestro Real palacio, donde la mano de la caridad les alargaba pan en abundancia. Yo he oido á esos infelices que alegres bendecian vuestro augusto nombre y el de vuestra escelsa Hija. Y aquellos ecos de gratitud, aunque débiles, porque salian de pechos desfallecidos por la estenuacion y languidez de su miseria, eran sin embargo bastante sublimes y espresivos para que llegasen hasta el cielo, donde la mano de Dios escribe en el libro de la vida.

Esos son, Señora, los verdaderos triunfos y blasones de los Reyes y de los Príncipes. ¿Y qué os

ha dicho en secreto vuestro corazón cuando el sacerdote de la misericordia os ha presentado en un día solemne la sentencia pronunciada por el sacerdote de la justicia? ¿Qué habeis sentido al pronunciar aquellas palabras de sublime amor: "Yo le perdono para que Dios me perdone?" ¡Oh! si tan grande es la obra que haceis al perdonar á unos reos que por sus delitos estaban condenados á morir segun la ley, ¿qué mérito no tendrá ante Dios y ante los hombres la protección que hoy dispensais á la Santa Infancia, siendo su protectora esa tierna Princesa, que desde su corta edad llama á las niñas y niños españoles para contribuir á dar vida temporal y eterna á otros niños inocentes, que desnudos y hambrientos claman en su amargura: "Mi padre y mi madre me abandonaron?"

V. M., que acudió siempre donde hubo lágrimas que enjugar, que ha prodigado y prodiga sus consuelos á nuestros niños espósitos, que también padecen y lloran, ha querido al propio tiempo declararse Protectora y Madre de los que claman en

el Oriente: "Porque mi padre y mi madre me abandonaron, el Señor me tomó bajo su amparo."

Hé aquí el heroísmo de la caridad que debe distinguir á los poderosos, y cuya recompensa será el cielo. ¿Quereis oirlo de la boca del mismo Jesucristo? Pues escuchad: "Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el principio del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui extranjero y me recojisteis.... Lo que habeis hecho á uno de estos pequeñitos que son mis hermanos á mí lo hicisteis." Tal es el premio de la virtud.

Antes de concluir os ruego, Señora, me permitais un humilde consejo que quiero dirigiros desde este sagrado lugar, donde á nombre de Dios os hablo: Como madre que sois de esa tierna y augusta Niña, que forma vuestras delicias y las del pueblo español, podeis darle un rico tesoro que vale mas que todos los cetros y grandezas de la tierra. Ese tesoro es la virtud, la justicia y la misericordia, y la enseñanza del Evangelio revelado por Jesucris-

to. Y cuando os pueda comprender esa inocente Niña decidla con el idioma de vuestro amor: "Dios te protejió desde la cuna, y la Virgen María nos cubrió con su piadoso manto. Por eso te ofrecí al pie de los altares, y levanté asilos para los enfermos y atribulados, y quise que el eco de tu nombre resonara en las mas apartadas regiones del Oriente."

Imprimid, Señora, tan tiernos sentimientos en su corazon cuando pueda comprenderos, enseñándole el camino que con su sangre trazó aquel Divino Jesus que iba haciendo bien por la tierra, y que por amor al hombre murió enclavado en una cruz. Ni os olvideis de darle á conocer las virtudes sublimes de aquella Reina ejemplar, que mereció la corona de Santa porque cifró su dicha en restañar las llagas á los enfermos. Y ofrecedle tambien el sublime heroismo de la Primera Isabel, que con gloria tremoló el estandarte de la cruz sobre los muros de Granada.

Los reinados de la tierra son muy pasajeros. Las coronas del mundo fenecen en la tumba. Solo la caridad ofrece coronas inmortales. Enseñad á

esa preciada Niña tan sublimes y eternas verdades para que pueda decir un dia á todas las gentes: "Mi Madre me amó tanto, que desde la cuna me enseñó la virtud, y me educó en la ciencia de Dios, y me puso por guia la caridad cristiana."

Esta virtud celestial servirá á VV. MM. y AA. de alegría en la tierra, y de aureola resplandeciente en el cielo.



DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA REAL IGLESIA DE S. ISIDRO

EL DIA 2 DE FEBRERO DEL PRESENTE AÑO DE 1853.

DISCURSO

QUE

EN LA SOLEMNE FUNCION

CELEBRADA

EN LA REAL IGLESIA DE SAN ISIDRO EL DIA 2 DE FEBRERO

DEL PRESENTE AÑO

en accion de gracias al Todopoderoso por el singular beneficio que en igual dia dispensó por intercesion de la Virgen Santísima á S. M. la Reina N. Sra. y al Pueblo español,

PRONUNCIÓ

EL SEÑOR DON PEDRO ARENAS,

Capellan de Honor y Predicador de S. M., y Secretario de la Patriarcal.



Impreso de orden de la Reina Nuestra Señora.

MADRID: POR AGUADO, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M. Y DE SU REAL CASA.

1853.

Misericordie Domini quia non sumus consumpti; quia non defecerunt miserationes ejus.

Misericordia es del Señor, que no hemos sido consumidos; porque sus piedades nunca faltaron.

JEREMIAS EN SUS TRENOS, CAP. 3, v. 22.

EMMO. SEÑOR: EXCMOS. SEÑORES:

¿Qué esperais de mí en este solemne dia santificado por la religion, y santificado tambien por nuestra patria? No vengo á entonar hoy lamentaciones de tristeza y de dolor. La negra nube que por un momento oscureció el horizonte, fué rasgada por la mano del Todopoderoso, que ensalza á los humildes y confunde á los soberbios. Vengo á celebrar el nombre del Señor con palabras de bendicion y de gloria; vengo á esclamar, como lo hiciera un tiempo Isaías Profeta en la ciudad santa de Jerusalem: "Alza tu frente, España; deja tu abatimiento, sacúdete del

polvo de la muerte, despójate del velo sombrío que cubria tu rostro macilento, adorna tu cabeza con la aureola de la piedad cristiana, y llega al pie de los altares del eterno Dios y de la Virgen María. Bendice, cual otra Betulia, el nombre del Excelso con los cánticos de Sion, porque maravillosamente fué salvada, por un prodigio del cielo, tu Reina tan generosa como cristiana. *Misericordiae Domini, quia non sumus consumpti.*"

Respetables Consejeros de la corona; fieles servidores del trono, que representais la antigua grandeza Española; sacerdotes, magistrados y guerreros, españoles todos; y vosotros, pobres y desgraciados que recibísteis los consuelos de la benéfica Isabel, unid vuestros votos á sus votos, unid vuestras plegarias á las oraciones de tan joven y piadosa Reina, que á imitacion del santo rey David, quiere celebrar el dia de su triunfo, de su salvacion y de su gloria, ofreciendo homenajes de eterna gratitud y rendimiento al Dios de las divinas misericordias. "Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido."

¡O Reina cristiana y generosa! Perdona si mi debil voz no sabe ser en este dia digno intérprete de tus grandes y religiosos sentimientos!

Fieles y piadosos españoles, mientras que vosotros prosternados ante las aras del Dios vivo repetís como los Hebreos aquel *Hossanna* glorioso que subia á las alturas de los cielos, yo me propongo recordaros los grandes beneficios que debemos á Dios por intercesion de la Virgen Santísima, y el especialísimo favor que dispensó en igual dia á nuestra amada Reina y al pueblo de las Españas. *Misericordiae Domini, quia non sumus consumpti.*

¡Virgen inmaculada, gloria de nuestros padres, honor de nuestra patria, amparo y consuelo de todos los españoles en sus grandes infortunios y en sus grandes calamidades! el trono y el pueblo te bendicen y saludan hoy, y postrado yo á tus plantas, ó Reina de los cielos, imploro los auxilios de la divina gracia. AVE MARÍA.

LA PROVIDENCIA divina que vela por la suerte de las naciones y de los pueblos; Dios que con una sola mirada penetra el vasto recinto del mundo, y registra todos los sucesos de la vida, nos ha revelado desde lo alto de los cielos todas las grandezas de sus infinitas misericordias. ¿Y qué sería del mundo sin el amparo de aquel Dios inmortal de donde emana todo bien y toda consolacion? Nacemos entre lágrimas y suspiros, vivimos rodeados de amarguras y quebrantos, y los caminos de nuestra vida son caminos de dolor que atravesamos llorando. Llorando, sí, porque este es el destino de los hijos de Eva. Lloran y padecen los reyes, lloran y padecen los poderosos y miserables, y lloran y padecen todos los hombres, porque no hay uno solo que no haya llevado ó lleve alguna espina clavada en su corazon. Llorar y padecer fue nuestra triste herencia en este mundo perecedero, donde en vano buscamos una felicidad que solo está reservada á los justos en el cielo. *Inquietum est cor nostrum donec requiescat in te, Domine.* Nuestro corazon, Señor, exclamaba san Agustin, está inquieto hasta que descanse en tu seno.

El mundo, cristianos, es un campamento donde la muerte se burla de la vida; es un teatro de luchas, una tierra de tránsito, una pobre cabaña donde pasamos la noche de la vida entre angustias y lamentos. El que ayer reia llora hoy, el que hoy se rie llorará mañana. El triste placer que gustamos un instante lo pagamos despues con usura. ¿Qué recurso nos queda en el dolor? ¿A quién clamamos en los grandes infortunios y en las grandes calamidades? ¿A la filosofía? ¡Oh! La filosofía es demasiado estéril, y carece de los consuelos que necesita el corazon humano. Solo Dios, que es la fuente de todo bien, puede darnos la paz, la salud y la vida. Nos formó á su imagen y semejanza, y fue tanto su amor hácia nosotros, que en su alta sabiduría y en su gran misericordia, nos dió una luz para alumbrarnos en la terrible oscuridad de nuestras tribulaciones, nos dió un bálsamo para curar las heridas del alma, nos dió por madre á su misma Madre. ¿Pudieran desear mas los hombres? Nuestros gemidos suben hasta el trono resplandeciente de la dulce María, donde rodeada de ánge-



les y serafines recibe la ofrenda de nuestros llantos, y los presenta á su Hijo Santísimo, muerto por nuestro amor, y se interesa por nosotros, y le somos deudores de no perecer en medio de tantos peligros. La Virgen inmaculada fue para el trono y para el pueblo cristiano el áncora de salvacion en todas las borrascas y todos los conflictos. Sus ojos siempre estuvieron abiertos para ver nuestras desgracias, sus oídos escuchando nuestras súplicas, y su corazón amoroso dispuesto á derramar raudales de misericordia.

Verdad es esta, Señores, que no podrá negar ninguno de vosotros que viva de la fé y se alimente de la esperanza. ¿Y en qué época calamitosa clamaron nuestros Reyes y nuestro pueblo á Dios y á su Santísima Madre que no fuesen oídos y amparados? Si alguno dudase de esta verdad, yo le invito á que registre nuestras tradiciones y nuestra historia. Ella le enseñará los inmensos beneficios que el cielo dispensó á la católica España y al trono de sus piadosos Monarcas. La historia le ofrecerá aquellas páginas

gloriosas que recuerdan los memorables triunfos que consiguieron por la intercesion de la Madre de Jesucristo. ¿Quién dió aliento y fortaleza para restaurar la monarquía Española al inmortal caudillo, que en medio de los riscos y de las breñas solo tenia por defensa las últimas rocas de los montes? Dios y la Virgen fueron su guía, su escudo y su fortaleza. Dios y la Virgen sostuvieron á nuestros héroes en la montaña del Aguila, en las Navas de Tolosa y en los campos del Salado. Dios y la Virgen fueron los gloriosos nombres que D. Juan de Austria invocó en el golfo de Lepanto, donde triunfó de las lunas agarenas, azote de toda la Cristiandad; y Dios y la Virgen cubrieron de inmortales laureles á los piadosos españoles que, alentados por la fé, llevaron mas allá de los mares nuestras banderas y la cruz de Jesucristo.

Alzaos del sepulcro y decidnos, Reyes Católicos..... pero ¿á qué recurrir á las tumbas, y á qué buscar tiempos lejanos para poner á la vista los grandes favores que por la intercesion de la Virgen dis-

pensó Dios al trono de nuestros Reyes y al pueblo de nuestros padres? ¿Y á qué buscar épocas tan remotas cuando el objeto que nos reúne en este sagrado templo es muy bastante para probar las divinas misericordias hácia este pueblo querido del cielo?

El dia de hoy será en todos tiempos testigo solemne del singular beneficio que debemos á esa Madre de misericordia. Yo renuncio á describiros aquella nefanda escena, que debe borrarse para siempre de la memoria, y renuncio tambien á describir los males, la ruina y desolacion de que nuestra patria hubiera sido teatro si hubiésemos perdido á la piadosa Isabel, que felizmente ocupa el trono de San Fernando.

Señores: la mayor elocuencia en este dia es un profundo silencio. Levantad los ojos al cielo y volvedlos despues por un instante al célebre santuario de Nuestra Señora de Atocha. Allí está la Reina de los cielos que con la púrpura y la corona de una Reina de la tierra, como un trofeo de su gran misericordia, parece que desde su trono nos está di-

ciendo: "Mi mano es el escudo de los Reyes, la fortaleza de los pueblos, y el amparo de todos los afligidos."

Dios, por un rasgo de su bondad infinita, vinculó á nuestro pueblo el alto y distinguido privilegio de ser el escogido por María. Ninguno llegó á sus plantas que dejase de recibir consuelos. ¿Y quién no ha invocado su bendito nombre en los momentos de su amargura?

Preguntad al infeliz mendigo, que implora una limosna en las calles y en las puertas de los templos, y él os dirá que invocando el nombre de la Virgen escita los corazones menos sensibles y quedan satisfechas sus esperanzas.

Preguntad al anciano padre de familia que en las cercanías del sepulcro, rodeado de su amada descendencia, la bendice cual Jacob, regando con sus lágrimas el lecho de su agonía. ¿Quién le da aliento en aquellos momentos supremos, y á quién llama en su auxilio al abrazar á sus hijos, que va á dejar solos en el mundo? ¡Ah! Invoca el dulcísimo

nombre de aquella Virgen divina, que Jesucristo dejó por Madre de los huérfanos y desvalidos.

Preguntad á la madre desgraciada, que no pudo detener el golpe de la muerte inexorable, que en un momento le arrebató al hijo de sus entrañas, flor apenas nacida, que era el objeto de sus ternuras, y que fue á deshacerse en el sepulcro. Esa afligida madre os dirá llorando que no halló para sus dolores bálsamos en el mundo, y que el consuelo lo recibió de Dios y de aquella Virgen Divina que probó en la tierra todas las amarguras para consolar á todos los desgraciados.

Preguntad al fatigado navegante, que en una noche borrascosa, oyendo bramar al Océano á los embates del furioso huracán y al ruido estrepitoso de los truenos, vió el rayo sobre su cabeza y á sus pies abierto un abismo. ¿A quién clamó entonces el desdichado? ¿Y quién disipó la borrasca? ¿Quién condujo el viento en sus manos? ¿Quién recojió las aguas como un vestido? ¿Quién detuvo á la muerte y dió la

calma á los mares?.... Preguntadlo al triste náufrago, que lleno de júbilo saltó en tierra, y con la frente empapada todavía con la espuma de las olas fue á postrarse en el templo de Dios y á ofrecer lágrimas de eterna gratitud á la que es estrella de la mañana y astro luminoso de la tarde.

Preguntad..... ¿para qué me detengo? Preguntad á nuestra religiosa y caritativa Reina, y ella con el fruto de su amor en los brazos os responderá con lágrimas de ternura, señalando á la que es Reina de los Angeles. Al pie de sus altares nosotros la vimos aquel dia solemne, en que por la vez primera se presentó en medio de su pueblo con su inocente Niña, cual la paloma misteriosa que despues del diluvio anunció á los hijos de Dios que habia pasado ya el furor de la tormenta, y el iris de paz se dejaba ver en el Cielo.

Nosotros la vimos en el gran templo de Atocha deponiendo la magestad de la tierra ante la Reina del universo, cuyas bendiciones pedia para la hija de sus entrañas. ¡Escena sublime, que no se olvi-

dará nunca á los españoles! Una joven Madre, y una joven Reina, ofreciendo su manto y su corona en testimonio de profunda gratitud á la que es Reina de las Reinas y Madre de las madres, es un espectáculo magnífico digno de los pinceles de Rafael ó del célebre Murillo.

Este gran rasgo de la acendrada piedad de nuestra Católica Reina será un testimonio eterno de su devoción á la Virgen Santísima. Y la amorosa Madre de Dios y de los hombres protegerá al hermoso vástago de la Segunda Isabel, que heredó las virtudes de la primera: "Empéñense mis joyas, decia Isabel la Católica, si fuese necesario para el descubrimiento del nuevo mundo." "Véndanse mis joyas, exclamaba nuestra amada Reina, para que las pobres incurables no sean víctimas de las llamas."

Este es el heroísmo de la virtud que debe distinguir á los Reyes, y que Dios desde el cielo premia con sus gracias y bendiciones. Por eso la Divina Providencia ha protegido á nuestra Reina, que cifra su dicha en hacer bien enjugando las lágrimas

del desvalido. Por eso la Virgen Santísima la tomó bajo su amparo.

Los Reyes justos y benéficos merecen las bendiciones del cielo y de la tierra, y sus cabezas descuellan como Saul entre las tribus. Nuestra piadosa Reina jamás olvidará lo que debe al Dios inmortal, que es el Rey de todos los Reyes, y ante el cual son arena menuda todos los cetros y coronas del mundo.

¡Reyes y pueblos! oid mis palabras, que son tomadas de la ley y los Profetas: oidlas, y grabadlas bien en la memoria. En los grandes infortunios no hay mas consuelo que Dios. Su omnipotente mano saca al pobre de la miseria, y le coloca al lado de los grandes y ricos de la tierra: ordena que el hombre pase de la vida á la muerte, y de la muerte á la vida: confunde á los orgullosos y eleva á los humildes al trono de los Príncipes que abate: comunica la ciencia á los doctos, la sabiduría á los sabios, la fuerza á los débiles y el valor á los cobardes: muda los tiempos y los siglos: funda, y destruye, y restablece los imperios. Los hombres y sus obras son perecede-

ras; Dios y su palabra permanecen por toda la eternidad. *Cælum et terra transibunt; verba autem mea non transibunt.*

¡Reyes y pueblos! los beneficios recibidos del cielo son lecciones sublimes que nos da la Divina Providencia para recordarnos nuestra pequeñez y nuestra nada, y para que solo á Dios levantemos nuestros corazones en todos los peligros y en todas las adversidades. Su mano protectora sostuvo y engrandeció á esta Monarquía. Las virtudes cristianas, la fé ardiente y acendrada piedad de nuestros Católicos Reyes fueron los gloriosos timbres y los ilustres blasones de este gran pueblo, donde un tiempo feliz resplandeció el sol de Castilla.

Sigamos el ejemplo de nuestros padres para que los venideros puedan decir á las gentes: "En medio de las grandes conmociones del siglo XIX, la Segunda Isabel y el pueblo rejido por su cetro temieron á Dios, y la Virgen Santísima fue su amparo y su consuelo."

¡Ministros de la Corona! contemplad bien la

grandeza de la importante mision de que estais encargados. Vosotros debeis ser la ley viva que hable á todos los españoles, sin distincion de clases ni de personas. Procurad ejercer los santos derechos de la justicia, y derramad, siempre que sea compatible, los dulces consuelos de la misericordia. Estos atributos sublimes de Dios se dieron el ósculo de paz en las alturas de los cielos. Pero sabed que no hay justicia sin religion, porque ella es su verdadero principio, su base sólida, y la fuente inagotable del esplendor, de las virtudes, de la gloria y de la riqueza de las naciones. "Los hombres y sus obras son perecederas; Dios y su palabra permanecen por toda la eternidad."

¡Sacerdotes de la justicia! y vosotros, altos dignatarios que me estais oyendo, jamás olvideis que ha de llegar el dia en que tengan exacto cumplimiento aquellas divinas palabras: *Et cum venerit tempus ego justitias judicabo.* La religion hizo grande á nuestro pueblo, la religion fue su amparo en todos los infortunios, la religion es la única que posee con-



Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina



1376392

